cia de la viuda de Olier antes de la conversación de los dos hombres en la selva, y, en cambio, Jaubourg lo sabía todo... Y, además, todo lo sabía también acerca de él, Landrí, desde el día de su nacimiento. ¿Qué significaban aquellas enigmáticas palabras, y dichas con aquel fervor? ¿Y éstas: Te he querido siempre tanto... Nunca he podido demostrártelo... *No debía?...*

Atormentado por la angustia, Landrí repetía: No están aquí... Estoy solo con usted, solo. — Y añadió casi con súplica: Delante de mí puede usted decirlo todo. Hable, si el hablar ha de quitarle un peso. Hable...

— Nada tengo que decir, contestó Jaubourg, á nadie... Á nadie. Estoy muy tranquilo; pero mi cabeza se trastorna. Abrázame, Landrí... Despídete de mí... Para eso he querido verte... ¡Ah! ¡Ven, ven que siquiera una vez te abrace como te quiero!... ¡Ah hijo mío! ¡hijo mío!...

Lágrimas habían brotado de sus ojos; rodaban por el sudor que cubría su cara; apoyaba aquella faz madorosa sobre las manos del joven; lo apretaba contra él; le tocaba el pelo, los hombros, y éste, espantado por la horrible cosa que se revelaba á él, lo escuchaba seguir diciendo:

— Has recobrado tu simpática voz... Oirte ha sido la única dicha de mi vida... Cuando eras pequeñito en Grandchamp, iba yo á la biblioteca, para, desde las ventanas, escucharte y verte jugar... — Se había incorporado. El ensueño, descrito por el doctor, comenzaba:



— No me ves, ni nadie me ve... Te miro... Corres; los bucles de tu cabellera flotan en el viento, la misma cabellera que tu madre... Viene hacia ti, ella también, en la alameda. El aire ha empurpurado sus mejillas. ¡Qué hermosa es! Sabe que estoy aquí. Me sonríe por encima de la cabeza de nuestro hijo... ¿Adónde se ha marchado? — Sus ojos habían cambiado de expresión. Fijaban otros cuadros. — ¡Qué pequeña parece en esa vasta cama!... Ha querido adornarse. Eso es horrible. Sus perlas se agarran á los pliegues de la piel de su cuello. ¡Qué cambiada está! ¡Ah cuánto padece para morir! ¡Tan joven, y tener ese horrible mal!... Me voy. Bien sabes que, de poder quedarme, no te dejaría. Genoveva, di que lo sabes. Se la llevan. Yo no lloro. Podéis mirarme, no la he de traicionar... Geofredo llora; yo, no lloro. Me queda nuestro hijo. Para él será todo, todo. He dado con el medio... Eso no lo impediréis. No, no lo impediréis.

Una visión aterradora había sustituído de repente las imágenes entre las cuales Landrí acababa de reconocer — ¡con qué creciente horror! — los juegos de su infancia, á su madre enferma, y aquel detalle tan particular del collar de gruesas perlas alrededor del cuello descarnado, el entierro de aquella madre, y lo demás... El enfermo se había incorporado reciamente: miraba al joven con estupor, mezclando evidentemente la muy confusa impresión que le producía su presencia, con la pesadilla que lo acosaba: ¿Qué me dice usted en voz baja? ¿Que es mi hijo? No tiene usted derecho á

pensar tal, — gemía el desgraciado, — no lo sabe usted... No lo diga... No le permito que lo diga. — Luego, al hacerse más precisa y temible la ilusión, arrojó un grito y se tiró de la cama. Aquel llamamiento fué oído por el criado y por el médico, que entraron á un mismo tiempo en el cuarto, justo á tiempo para impedir que el enfermo se tirara por la ventana para sustraerse á las voces que oía.

— Déjenos usted solos, dijo el médico á Landrí, tan aterrorizado por aquella escena, que ni siquiera había socorrido al alucinado. José y yo bastaremos. — Empujó hacia el cuarto de trabajo al joven, el cual pasó allí un cuarto de hora, media hora, anonadado como si él mismo padeciera una pesadilla cuyo terror lo paralizara. Por fin reapareció el doctor. Su cara expresaba singular preocupación :

— Acabo de picarlo con morfina, para que se sosiegue... Ahora va á quedarse adormilado, hasta el final... ¡Pero qué crisis!... La de la noche anterior no era sino el esbozo de ésta... Sobre todo, ningún caso haga usted de lo que haya podido decirle. Se trataba, en efecto, de confusión mental absoluta, de locura... — Insistió : sí, de locura.

Miraba á su interlocutor bien cara á cara, — demasiado cara á cara, — al pronunciar esta frase que tan formalmente contradecía sus fórmulas anteriores : Revive acontecimientos anteriores; vuelca el fondo de su memoria... — Él mismo, sin duda, comprendió qué temible alcance tomaba la antítesis de aquella segunda afirmación con la primera, pues no pudo impedir que se le empurpuraran las mejillas.



¿Qué palabras habría pronunciado Jaubourg en su delirio, más explícitas aún? ¿Había dicho, ante testigos, la frase espantosa : « He sido amante de la señora de Claviers y Landrí es hijo mío?... » Seguramente que esta es la cosa horrible que Chaffin había comprendido, á través las divagaciones del enfermo, como Landrí mismo; y, ante tal evidencia, sentía éste un agua helada recorrerle todo el cuerpo.

Al encontrarse de repente un hombre frente á un hecho de una importancia supremamente trágica para él, del que no puede sinceramente dudar, y del que nada sospechaba, siéntese, por espacio de corto tiempo, como embotado, sin poder él mismo decir lo que experimenta. Lo que siente no es dolor, pues el hombre no comprende lo que acaban de decirle; no lo realiza. Tampoco es vacilación. Más tarde podrá discutir; ó mejor dicho, querrá discutir contra la evidencia. Por el momento, el hecho ha entrado en él, con su irresistible fuerza, como una punta de acero en una carne, traspasada por ella. En lo más íntimo de su ser siente el hombre como un trastorno, como algo que se va. La vida continúa en torno de él, que acaba de ser herido de muerte y que no lo sabe. Sigue la vida en él, y se deja llevar por ella con un automatismo parecido al de la sugestión. Así es cómo Landrí bajó la escalera de la casa de Jaubourg, subió de nuevo al coche de alquiler, dió al cochero las señas del notario, sin casi darse cuenta. El reloj, al que se había dado

cuerda antes del choque terrible, funcionaba mecánicamente. El notario no estaba en su casa. ¿Qué le importaban ahora al joven aquellas dificultades de dinero que tan temibles le habían parecido, y qué eran en comparación de la otra horrible cosa? Dejó la carta en el despacho del notario, y se fué, pero ya á pie, al círculo de la calle Scribe, en donde había decidido que almorzaría. Una oficina de telégrafos, ante la cual pasó, le recordó su promesa de un telegrama al señor de Claviers. Entró. Pero en el momento de redactar el telegrama, de repente cesó aquella especie de sonambulismo. Tuvo de repente conciencia de la situación. Aquella hora atroz que acababa de vivir era muy verdadera; Jaubourg se moría de veras; le había verdaderamente dicho al joven aquellas palabras que aún retumbaban en sus oídos y que habían anclado en su espíritu la más cruel de las ideas, la más imposible de arrancar. Una repentina evocación le mostraba al señor de Claviers entrando en aquel mismo cuarto, y al moribundo, presa del mismo delirio, pronunciando las mismas palabras...

—¡No ocurrirá tal! dijo, y rompió el papel en el que aún no había escrito nada, ni siquiera la dirección. Febrilmente, escribió sobre otra hoja: « *Marqués de Claviers-Grandchamp. Castillo de Grandchamp. Oisa.* — No se preocupe. Notable mejoría. » Y firmó. Dió aquel mentiroso telegrama. Estaba á dos pasos del círculo. La vista de uno de los miembros que entraba, y que, por fortuna, no le vió á él, le hizo pararse de repente, y echar á



andar, casi á correr, hacia una dirección opuesta. Aquel miembro del círculo conocía á Carlos Jaubourg, como todos lo conocían; le pediría noticias del enfermo, pues era legendaria la amistad que unía al enfermo al señor de Claviers. ¿La amistad?... Landrí acababa de decirse: Todos están enterados. Esas vergüenzas, el mundo las conoce, las repite, se ríe de ellas. Únicamente los interesados ignoran... Todo el círculo sabe... Todo París sabe... Sólo dos personajes ignoraban. — Maquinalmente, sin darse cuenta de cuánto había andado, entró en un restaurant; pidió de almorzar. Apenas si había tomado algunos bocados, se levantó. Otra imagen había surgido en él: la de Valentina Olier... También ella sabía. Esto significaba el grito que saliera de sus labios, aquella imploración de no ver al enfermo. « ¿El señor de Jaubourg está muriéndose? Espero que no le recibirá á usted... » ¡Sabía, ella también! Con arranque animalmente instintivo, Landrí salió del restaurant, y tomó otro coche para volar á casa de ella. Sin darse cuenta había llegado, andando, hasta cerca de la calle del faubourg Saint-Honoré, en donde está el hotel de Claviers-Grandchamp. Allí había muerto su madre; allí había él vivido con ella... ¿Qué nombre darle ahora á aquel á quien seguía queriendo como un hijo quiere á su padre, y que ya no era nada para él, nada, sino un excelente y honrado hombre ultrajado con el más terrible de los ultrajes por aquellos de quienes la carne suya, la de Landrí, había salido? El ver de nuevo aquella casa le causó horror al

desgraciado joven. Había dado al cochero la dirección de la viuda de Olier, pero diciéndole que pasara por otro camino... el aspecto de aquel barrio en donde había transcurrido su infancia le hacía daño, un daño no sólo moral, sino físico. Mas, en aquella crisis, ¿qué impresión podía recibir que no le causara dolor?... Ahora iba á casa de Valentina... ¿Para decirle qué?... ¿Para pedirle qué? — Ya había andado bastante el coche, y Landrí no sabía sino repetirse esta interrogación, pero sin dar con una respuesta. ¡Haber concebido aquella horrible sospecha, aquella certeza, ¡ay! sobre la señora de Claviers y sobre su propio nacimiento, ya era una tan tremenda mancha! Enunciar esta idea, aun á Valentina, sobre todo á Valentina, era un crimen. ¡La ternura de un hijo por su madre implica un carácter tan sagrado; todas las energías amativas de nuestro ser conspiran tan poderosamente en hacer de ella una criatura tan aparte de las demás, más pura, más irreprochable, más venerable! ¿Iba Landrí á desechar aquel respeto, siendo él el único que no podía perderlo para con la señora de Claviers, por más que ésta hubiese hecho? ¿Iba á repetir voluntariamente, conscientemente, las formidables palabras arrancadas á un moribundo por la cercana agonía, y que á él le habían, desde que las escuchó, como tullido, como matado? Y, no obstante, era preciso que supiese si Valentina sabía y qué sabía. La sacudida nerviosa había sido demasiado violenta. Toda potencia de inhibición quedaba momentáneamente suspensa en él. Su pensamiento



tenía que convertirse en acto desde el momento en que se relacionaba con aquella anonadadora revelación que había tenido que aguantar. Así es cómo le fué imposible no atravesar el patio, no llamar á la puerta de la viuda de Olier, no preguntar si quería recibirle. Ni siquiera se había dado cuenta de que apenas si eran las doce y media, que la cita de ambos era para las dos, y que el hecho de adelantar la cita anunciaba algo extraordinario. ¿Recordaba siquiera para qué se habían uno y otro dado cita, y la apasionada y dolorosa conversación de ayer sobre su matrimonio? Tal es el estado en que nos ponen esas tremendas sacudidas; nuestro equilibrio mental queda, durante algún tiempo, como fuera de su centro, desmontado. — No bien oyó Landrí el ruido del timbre, diéronle ganas de huir, como antes. Pero se quedó.

— Más tarde ó más temprano, se dijo, tengo que verla... Prefiero que sea ahora, para conocer toda la extensión de mi vergüenza.

Cuando le dijo el criado que el señor conde de Claviers-Grandchamp deseaba verla, y en seguida, Valentina estaba almorzando. Desde veinticuatro horas que hacía que el joven se había despedido de ella, después de hacerle prometer que le daría ella una contestación definitiva respecto de su matrimonio, no había cesado de sufrir las últimas acometidas de una lucha empeñada, desde hacía tres años, entre su amor y su deber, primero; y, luego, entre su amor y su razón. Aquel grito que puso fin á la última entrevista, aquel « ahora soy del todo suya »,

había sido seguido de una tenaz resistencia. Las gravísimas objeciones formuladas la víspera se habían vuelto á presentar con una fuerza sostenida por las confidencias de Landrí sobre las secretas dificultades de sus relaciones con su padre. Sólo una cosa había disminuído : la autoridad de ella sobre su amigo. Al aceptar el retirar la primera negación, harto había ella probado su debilidad ante la pasión del joven. Esto lo comprendía Valentina, y se asustaba al notar cuán dulce le era aquella sensación de doblegarse ante aquella fuerza. ¡Irresistible arrobamiento interno de la mujer que comienza á entregarse! Entregarse : ¡palabra tan sencilla, tan profunda, que resume en sí todo el milagro del amor, por ser ella el amor mismo! ¡No ser ya una misma, transformarse en las ideas, en los deseos de otro, convertirse en la mujer deseada por él, contra el interés, contra la prudencia, contra la honra, á veces, para que sea él feliz! Y aquel á quien Valentina amaba no quería nada de ella que no pudiese (ella) concederle sin remordimiento :

— ¿Qué voy á contestarle?... habíase preguntado muchas veces, sin dar con una resolución de la que estuviese íntimamente, radicalmente segura respecto de sí misma. — ¿Cómo persuadirle que siga esperando? Esperar... ¿y por qué?... Aun suponiendo que le imponga un nuevo plazo y que acepte, ¿cuáles serán nuestras relaciones? Si no le digo que sí, y en seguida, después de la explicación que hemos tenido, menester será que no le permita la entrada de mi casa; pues recibirlo en tales condiciones sería



una coquetería, la peor de todas. Una mujer que se ha dejado decir por un hombre que la ama, debe: ó cesar de verlo ó pertenecerle... ¿Cesar de verlo? Ya no sabría yo lo que piensa, lo que siente; lo cual me sería harto doloroso... Contestarle afirmativamente sería, si por desgracia se ve comprometido en un inventario de iglesia, ahondar más el abismo entre él y su padre... ¿Si al menos pudiera yo poner, como condición á mi consentimiento, que demisionara antes que obedecer á una orden de ese género?... No, eso sería feo : él tiene su conciencia, sobre la cual no tengo derecho á pesar en nombre de su amor... ¡Ah! ¡cómo quisiera tener la seguridad de que no me decido sino por su bien, y no sencillamente porque le amo, y para dicha mía!...

Un ligero incidente acababa de acrecentar su turbación : una larga carta, venida de Saint-Mihiel mismo, y escrita por una de las amigas que allí conservó Valentina : la mujer de uno de los compañeros del difunto capitán Olier. Toda la carta relataba la inquietud provocada en todos los oficiales por la inminencia de los dos inventarios : el de Hugueville y el de Montmartin. La corresponsal de la joven viuda contaba largamente una conversación efectuada con su marido, y la insistencia de ella para que él hicier adimisión antes que obedecer á ciertas órdenes :

— Es su esposa, se había dicho Valentina, y una mujer tiene derecho á asociarse á las resoluciones muy importantes de la vida de su marido. ¿Tendría derecho á separarse de él si obrara en contra de sus

consejos?... Tal es la presión que yo trataría de ejecer si exigiera de Landrí un compromiso formal, á cambio de mi mano... ¡No haré tal!...

En esto pensaba la viuda en el momento en que llamó el joven á su puerta.

— ¿El señor conde de Claviers-Grandchamp? no pudo por menos de preguntarle al criado que le transmitía el deseo del joven; y se hizo repetir el apellido, tal era su sorpresa. ¿Qué significaba aquella llegada á las doce y media en vez de á las dos?... Sin duda alguna, que Landrí le había hablado á su padre. El adelantar así la cita significaba que tenía que comunicarle una buena noticia: ¿consentiría el señor de Claviers que se efectuara el matrimonio?... Era loco esperar semejante cosa, y, no obstante, el corazón de Valentina acariciaba tal esperanza cuando llegó ella al saloncito en donde la esperaba el joven. Aun no había pronunciado éste una palabra, y ya sabía ella que se había equivocado. En cuanto á él, no bien se hubo cerrado la puerta, comprendió que había venido á dirigirle á la joven una pregunta cuya sola formulación era cosa imposible. Así como, momentos antes, la necesidad de redactar un telegrama lo había sacado de su estupor, así ahora la necesidad de articular en una frase precisa el atroz pensamiento lo despertaba de su crisis de frenesí. Vió esto tan claramente como veía á Valentina: tratar de conocer toda la extensión de la vergüenza, como había dicho, era hacerse cómplice, era agravarla. Fuera lo que fuera lo que sabía la viuda, no lo sabía sino de



oídas, y con dudas. Hacerle preguntas sería transformar aquellas dudas en una certeza. — Landrí acababa de sentir en sí todas sus energías de antes de la revelación. La sola presencia de alguien á quien hablar había hecho sentir al hijo supliciado, con pasmosa evidencia, la obligación sagrada de callarse, de ocultar su martirio. Semejantes esfuerzos sobre sí mismo, y tan instantáneamente, no se llevan á cabo sin una contracción de todo el ser, que se adivina en la tensión de las facciones inmóviles, en lo quebrantado de la mirada, en la voz sin color. — ¡Qué contraste con aquella frente exaltada, con aquella boca apasionada de ayer, con aquellas ardientes miradas y aquella voz caliente! ¿Qué había ocurrido? Preocupada aún por la carta de su amiga, Valentina pensó en seguida en el temible asunto de los inventarios.

— Ha venido usted antes de las dos, Landrí, dijo ella hablando en voz alta su pensamiento. Ya comprendo por qué: tiene usted que regresar á Saint-Mihiel por el próximo tren... ¿Acaso ha recibido un telegrama del coronel?...

— No, contestó él, extrañado. — Tan lejos estaba de todo eso en aquel momento, que no comprendió la alusión.

— Entonces, si no son los inventarios... No terminó su frase. La pregunta que estaba á punto de formular no sabió de sus labios; su instinto de mujer que ama le hacía adivinar que el terreno aquel era peligroso. Para no parecer interrumpirse, dijo: Mi pregunta se relacionaba con una carta que he

recibido esta mañana; es de Julia Despois, la mujer de su capitán de usted. La he guardado, para enseñársela... Lea...

Landrí comenzó á leer, ó á hacer que leía. Valentina se daba cuenta de que sólo veía las letras, pero sin enterarse de lo que decían. Al terminar las cuatro carillas, la devolvió á la viuda quien la rehusó.

— Quédese con ella, hágame ese favor... Léala de nuevo cuando esté en Saint-Mihiel; esa carta dice muy bien lo que yo le diría muy mal.

Tampoco pareció comprender el joven el sentido de estas palabras. Obedeció, no obstante, y con gesto maquinal metió la carta en un bolsillo. — Quedaron algunos segundos sin hablarse; aquella especie de ausencia en la presencia espantaba ahora á Valentina. Sin duda había ocurrido algún suceso muy trágico para que tan profundamente hiriera á aquel hombre. También comprendía que era ella extraña á aquel suceso; que no se trataba del enlace de ambos ni de lo que el señor de Claviers pudiera haber contestado. Landrí no miraba á Valentina. — ¿Un acontecimiento?... ¿Y sobrevenido desde la víspera?... ¿Desde el instante en que dejara Landrí aquel saloncito?... ¿Adónde había ido el joven? Á Grandchamp... Pero había ido á la calle de Solferino. La viuda se estremeció al recordar el repentino temor que la sobrecogió al anunciarle Landrí aquel rodeo. Á pesar de la promesa que exigiera de él, ¿se habría visto obligado á subir? ¿Habría visto á aquel Jaubourg, á aquel



hombre cuyo apellido fué asociado por la maledicencia al de la señora de Claviers? Trastornada por lo que entreveía, Valentina preguntó:

— ¿Llegó usted bien, ayer, á Grandchamp?

— Muy bien; y en menos de dos horas.

— No ¿se disgustó su padre de usted?... Aquella corta parada que tenía usted que hacer, ¿no le retrasó?

— No; llegué á tiempo para ver el final de la caza.

Para pronunciar este « no », la voz se había endurecido un poco; los párpados se habían cerrado con violencia, señal de honda pena. Esperaba Landrí, haciendo esfuerzos para no gritar, una alusión que ella no hizo. No hay cirujano que, al sondar una herida, tenga tanto tino para retirar la sonda en el momento en que va á gritar el enfermo, como una mujer cariñosa para suspender dolorosas indagaciones, antes de llegar al sitio crítico. Mas, ¿necesitaba Valentina seguir preguntando para cerciorarse de que allí dolía? La señora de Privat no mintió: Jaubourg había amado á la señora de Claviers. Acababa de ocurrir lo que tanto temiera Valentina. Al moribundo se le habían escapado palabras sospechosas para la honra de la madre de Landrí. La viuda, sofocada por la emoción, esperaba á que continuase el joven. Quería éste hablar, no quedarse sobre aquel silencio, no retirarse sino después de haber explicado la extrañeza de su visita. No podía; sólo daba con frases insignificantes:

— Me han encargado muchas cosas en el castillo, decía, cosas que van á robarme toda la tarde... Han dispuesto de mí sin consultarme, y como tenía empeño en verla á usted, he venido más temprano...

— Aunque no hubiera venido, y aunque ni siquiera me avisara, segura estuviera de que no fuera por culpa de usted. Bien sabe que tengo fe absoluta en su afecto, y que nunca, nunca, le guardaré rencor por nada. — Luego, movida á infinita compasión hacia aquel corazón harto cruelmente herido, si realmente un amigo de su padre, en el delirio de la agonía, le había para siempre ensuciado la imagen de su madre, añadió : Landrí, me reprocho el no haberle, ayer, dicho todo lo querido que me es usted. No, no le he demostrado lo bastante mi afecto... Pues sepa que me es usted muy querido, muy querido. — Parecía como que trataba, aquella mujer, de amansar con palabras aquella pena, adivinándola adusta, encerrada en sí misma ; parecía querer acariciarla, mecerla.

— Cuando yo no esté á su lado, y en cualquier lance que se halle, repítase usted eso : que me es usted muy querido, mucho. — Y, al ver aquella fisonomía, tan rígida antes, aflojar sus músculos ; aquellas pupilas tan veladas mirarla de nuevo, verla, el exceso de su ternura le arrancó la confesión que, hasta entonces, se había ella resistido á pronunciar : Porque, sepa usted, Landrí, que... yo también, le amo.

— ¡ Usted me ama ! dijo el joven. Acababa ella,



por ese instinto del amor cuya segunda vista entraña un prodigio, de pronunciar la única palabra que pudiera insinuar un bálsamo en su herida, pero haciéndole sentir mejor toda la extensión de ésta. Esta confesión, tan ardientemente deseada por él, hasta mendigada, no podía, por el exceso de su dolor, gozar bien de ella. Aquel amor que por fin le demostraba ella abiertamente, y que, dos horas antes, le habría producido éxtasis de felicidad, ya no podía precipitarse á él, absorberse en él, hundirse en él, él y la espantosa cosa que acababa de saber. Aquella cosa estaba allí, en su pensamiento, y lo torturaba, aun en este instante ; ¡ aquella cosa no la borraba ni los rayos de luz de la hermosa alma allí presente, y que por fin era suya ! Sentíase invadido por un enternecimiento, tan desesperado y tan apasionado á la vez, que le dió miedo. Tembló que de su corazón harto emocionado brotara la abominable confidencia. Mas, ¿ necesitaba ya hacerla ? ¿ No lo había adivinado todo Valentina ? Y también esto le enternecía como una prueba de amor más evidente que las palabras más apasionadas, aunque agobiándolo más aún. Balbució : — Gracias... Pero, en este momento... ¡ Ah, no me hable usted !... Déjeme. — Y, haciéndole á ella seña de que le faltaba la voz, encerró su cara entre sus manos. Así pasó diez minutos, sin sollozar, sin llorar, sin suspirar, y sin que tratara Valentina de preguntarle nada ni de consolarlo. El único consuelo que aquel corazón tan enfermo pudiera recibir sin padecer, era sentir que ella existía, que estaba á su

lado, y que era toda suya. Valentina lo miraba, conteniendo hasta su aliento, para ahorrarle toda impresión. Había, en la inmovilidad muda y convulsada de aquel hombre que aguantaba una tremenda tormenta interna y que nada dejaba ver, fuera de aquel gesto de muda agonía, una energía salvaje que le hacía estimar y admirar al joven. Nunca, desde aquellos tres años, habían estado tan cerca uno de otro por el corazón como en aquel silencio que por fin rompió Landrí alzando la cabeza. Estaba muy pálido. Pero había dominado la crisis. Se levantó. Cogió la mano de la viuda, y, con voz profunda, le dijo :

— Sí. Usted me ama. Acaba usted de probármelo como nunca más podrá volvérmelo á probar... Lo creo. Lo siento, y acabo también de sentir que la amo á usted muchísimo más de lo que creía... Voy á alejarme de usted... Es preciso... Mas no antes de preguntarle de nuevo lo que le pregunté ayer... : Valentina, ¿quiere usted ser mi mujer?...

— Sí, contestó ella con idéntica expresión. Los ojos de Landrí expresaron indescriptible emoción; la atrajo contra su pecho. Casto y ardoroso beso de prometidos, en el que sus labios se humedecieron con lágrimas vertidas por ella, ahora, sobre la desgracia de él, que ya no lloraba... Y como aquellas lágrimas de mujer lo trastornaban de nuevo hasta en lo más profundo de su ser, se arrancó de los brazos de su amada, diciendo :

— No me quite usted mi valor. Bien lo necesito.

Se separaron. Ella no hizo un gesto, no dijo una



palabra para retenerlo. Sentía que era suyo, como ella era de él, profundamente, absolutamente, y que ya nada podía por él, sino dejarlo ir, hasta que solo gastara aquel dolor de que tanto le compadecía ella. ¡Cuánto mayor fuera su compasión, de haber sabido toda la verdad! Creía ella que á la cabecera de Jaubourg moribundo había sorprendido el joven palabras denunciadoras, quizá hallado cartas que le habían hecho dudar de su madre. Más atroces eran las evidencias que iba á tener que soportar, y entre las cuales le sería menester encontrar el camino del honor.